



# Pies de cerdo con nabos

Mercedes Abad

Ilustraciones: Alvaro Ardévol



Ya

sé que sólo era un plato de pies de cerdo con nabos negros, pero, caray, a mí aquel plato me había costado lo mío, y no me refiero sólo al dinero, porque al fin y al cabo los pies de cerdo son una vianda barata, sino a reunir el tiempo y el sosiego necesarios para cocinarlo, por no hablar de lo mucho que me había costado conseguir los nabos negros. Ni siquiera en la Boquería los había encontrado después de recorrer otros mercados, de modo que me había visto obligada a encargarlos con dos semanas de antelación, que es el requisito que me puso el tendero para conseguírme-



los. Luego, expirado ese plazo, tardé varios días en poder pasar por la Boquería a recoger los nabos, y el tendero dijo que lo sentía mucho pero que los había vendido pensando que yo ya no aparecería. Como comprenderá, me dijo, no podía permitir que se me pudrieran, siendo como son tan difíciles de encontrar. Me cabreé bastante, la verdad sea dicha, y estuve a punto de soltarle una impertinencia, pero pensé que no me convenía indisponer al único tendero capaz de suministrarme los malditos nabos negros, aunque fuera encargándoselos varias semanas antes. Así que le hice el encargo por segunda vez, sin darme cuenta

de que, al cabo de dos semanas estaría ausente de la ciudad y tampoco en esa ocasión podría ir a buscar a tiempo los malditos nabos negros. Conque, quince días después, estaba en mi hotel del centro de Turku, Finlandia, dando los últimos retoques a mi intervención en un debate entre escritores de distintos países, cuando me acordé de los malditos nabos negros, no sé debido a qué extraña asociación de ideas, porque lo cierto es que no había ningún



negro entre mis colegas. Llamé enseguida a la becaria que la editorial pone a mi disposición, y le encomendé, tragándome el orgullo, la tarea de llegarse en taxi hasta la Boquería y comprar de una maldita vez los malditos nabos negros. La chica, que no tiene muchas luces y se obstina en poner a prueba temerariamente mi capacidad de autocontrol, me llamó varias veces desde el mercado porque no lograba encontrar el puesto pese a que mis indicaciones no podían ser más claras. Supongo que más tarde debió de utilizar la anécdota (escritora con varios libros subidos de tono en su curriculum llamando histérica desde Finlandia por un puñado de nabos negros; vete tú a saber qué quiere hacer con ellos) para denostarme ante sus amigos y hacerse la pobre víctima de una perturbada con extraños hábitos sexuales. El hecho de que me hubiera separado recientemente, y de forma dolorosa (hecho que en la editorial



todo el mundo conocía), no debió sino abonar teorías grotescas en torno a ciertos nabos negros. Que la muchacha había especulado es algo de lo que no me cupo la menor duda al ver lo mucho que le costaba contener una risa tonta mientras me entregaba, a mi regreso de Finlandia, el paquetito con los nabos, aunque me traen sin cuidado los cotilleos de una becaria sin demasiadas luces.



Por

supuesto, y como no podía ser de otro modo, una vez que tuve los nabos cómodamente instalados en el verdulero de la nevera, mi vida entró en uno de esos períodos en los que cada nuevo día parece obedecer al único propósito de crear complicaciones y, cuando ya parecía que la racha cambiaba, tuve que hacer obras en casa de forma inesperada para reparar un reventón en una cañería que me lo dejó todo hecho un asco. Entre todos los posibles, ese fue el momento elegido por la asistenta para marcharse a su país a visitar a la familia. Compréndame, me dijo, tengo el bi-

llete desde hace tiempo y es de esos económicos que no se pueden cambiar. O.K, dije yo arremangándome y poniéndome a limpiar mientras los nabos negros empezaban a reblandecerse en la nevera, camino de la putrefacción. Siete días después los tiraba a la basura, no sin prometerme que volvería a la carga y por fin conseguiría mi plato de pies de cerdo acompañado con nabos negros.



Cualquier otra persona habría

sustituido los nabos negros por unos vulgares nabos blancos de los que se echan en el caldo y se venden en todas las verdulerías, desde Calcuta hasta El Cairo pasando por Barcelona. Pero yo no. Ya sé que es una actitud rígida y poco creativa sobre la que mis amigos vierten todo tipo de mofas, pero yo soy así y así me enterrarán, en nicho o panteón (la idea de incinerarme siempre me ha puesto nerviosa): si la receta pone nabos negros, yo debo imperativamente hacerla con

nabos negros. Por otro lado recordaba haber comido años atrás, en un restaurante, unos deliciosos pies de cerdo con nabos negros, cuando me hallaba en uno de los períodos más felices de mi vida, con Raymond, por supuesto, y era como si al volver a comer ese plato pudiera enderezarse ahora todo lo torcido. Mis hábitos alimentarios se habían ido al carajo cuando me separé. Como tantos divorciados, empecé a alimentarme de ensaladas que preparaba con lo primero que pillaba, a veces en un estado ya no muy recomendable, o un trozo de pan con algo, o pizzas congeladas, o cualquier cosa recalentada en el microondas o cigarrillos y cerveza o vino blanco y cigarrillos. Para qué tomarte el trabajo de ponerte a cocinar si nadie va a aplaudir con fervor el plato que prepares. Aplausos, aplausos fervientes y clamorosos; puede que esa sea una de las pocas cosas en este mundo que me gustan más que comer.



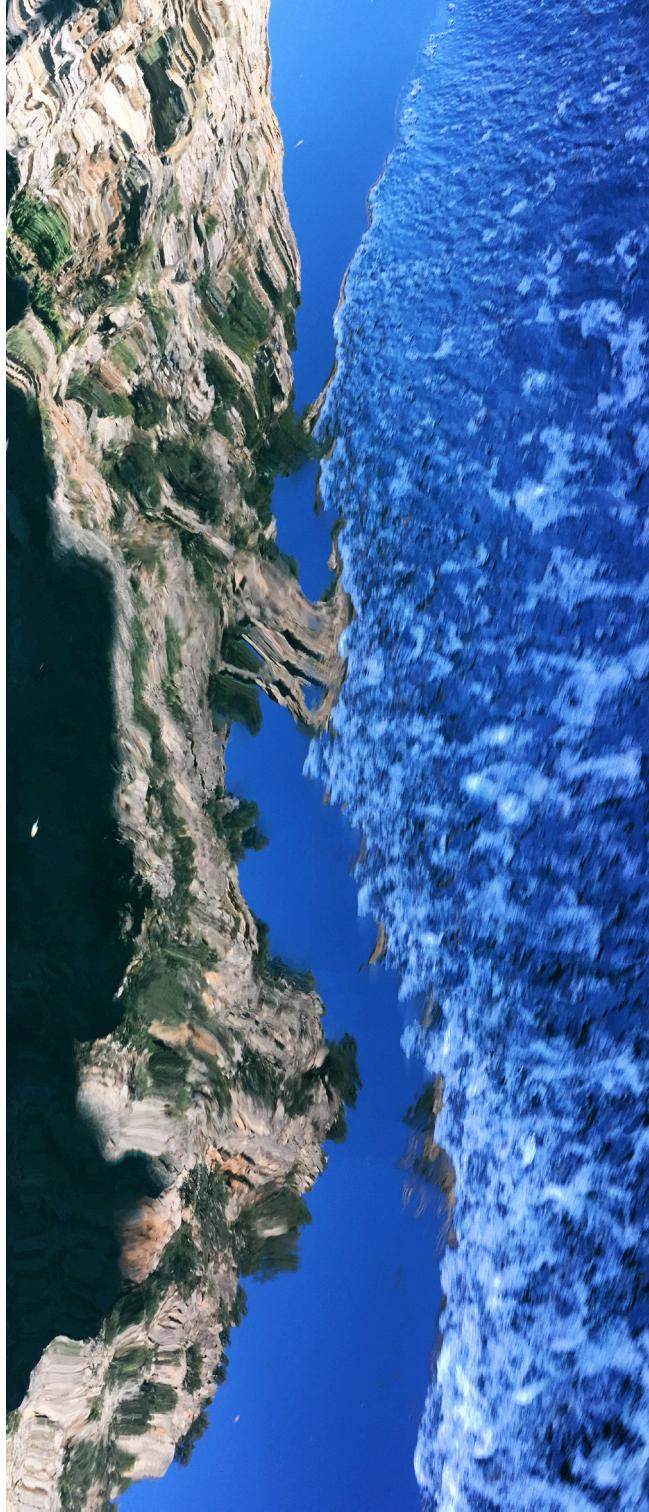
Empecé a cocinar para que me aplaudiera Raymond, o para que me aplaudieran los amigos a quienes invitaba a mis cenas, o para que me aplaudiera mi madre (ahí he de confesar que el fracaso fue estrepitoso). De hecho, si tengo que ser sincera, empecé a cocinar porque me molestaba que todos los aplausos fueran para Raymond, que era quien cocinaba al principio cuando venían invitados. ¿Me arrepiento de haberle robado todos

esos aplausos? No, al fin y al cabo yo siempre anduve más necesitada de aplausos y palmaditas en el hombro. Él es más autosuficiente, se cisca en los aplausos. Yo tiendo a acomplejarme y a sentirme incómoda e insegura si el aplauso no llega. Por eso dejé de comer en la adolescencia: no quería ser la gorda de la clase, la que llega la última en todas las carreras por culpa de los kilos. Necesitaba imperiosamente tener una silueta capaz de arrancar aplausos.



# Ahora,

en cambio, con mi separación había conseguido lo que en otros tiempos conquistaba penosamente a golpe de dietas draconianas: estaba tan flaca que todas mis amigas se morían de envidia. Estás demasiado flaca, me decían cuando tropezábamos en cenas y fiestas; tienes que engordar un poco. Pero se notaba a la legua que les habría gustado estar en mi lugar, flotando en





ropas que parecían dos tallas mayores de lo necesario y con una cara de musa de Modigliani bastante impresionante. Unida a mi campaña Cocina sin aplauso, mi extrema delgadez creaba la situación idónea para gozar de un festín de pies de cerdo con nabos negros. De hecho, llevaba toda la semana pensando en ello, calentando motores como si dijéramos. Así que la tar-



de del miércoles peiné toda la ciudad hasta conseguir un puñado de nabos negros en una de esas tiendas de delicatessen de precios insensatos. Después de haber pagado sin rechistar una pequeña fortuna, decidí que al día siguiente le haría un buen corte de mangas a todas mis obligaciones y que ni siquiera atendería las llamadas telefónicas, con tal de tener cuatro horas li-

bres para elaborar el plato. También decidí que me lo comería el viernes, que es mi día favorito, y porque ese tipo de guisote está siempre más rico de un día para otro. El jueves por la noche, cuando el plato estuvo listo y mi nariz exultaba entre aromas embriagadores, caí presa de uno de mis arrebatos de intensa vacilación y a punto estuve de llamar a una amiga, bastante tragona también, para que viniera al día siguiente a comer los pies conmigo. No, me dije cuando ya tenía el teléfono en la mano, no tomes ese camino o jamás aprenderás a disfrutar sin aplauso de esta clase de cosas. Para vencer la tentación me puse a meditar muy seriamente en el vino con que al día siguiente acompañaría el festín.





# Así

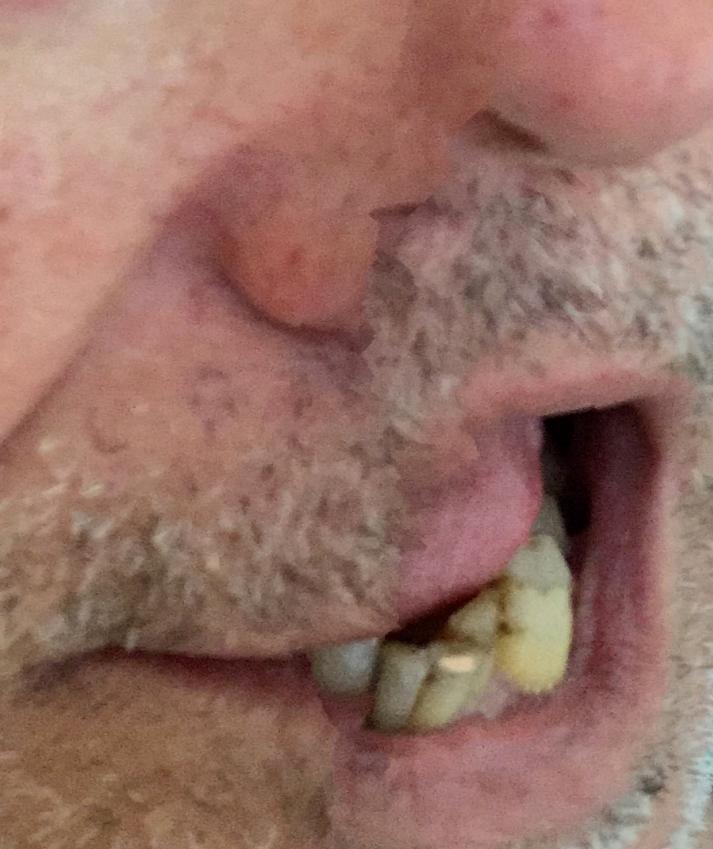
que ahí estaba yo el viernes a las dos y media en punto del mediodía, con todo muy estudiado. Vencida ya la tentación de probar antes el plato, nada podía impedir que el placer de hincarle por fin el diente se convirtiera en una de las experiencias sensoriales más intensas de las últimas semanas. Había puesto un mantel blanco para que los delicados colores de la salsa con nabos (un marrón

con matices ámbar y destellos anaranjados) destacaran de forma adecuada sobre ese fondo neutro. Había ido a comprar el pan a una panadería que estaba en las quimbambas pero donde hacían el mejor pan artesanal de toda la ciudad. Había dispuesto en la mesa una botella de vino tinto muy meditada, y descorchada una hora antes de modo que liberase lo mejor de ella misma. Por último me había vestido de negro de la cabeza a los pies, con ropa más bien raída, para que no me importara demasiado mancharme con la salsa porque, desde luego, pensaba roer los huesos hasta dejarlos en un estado de limpieza que los hiciera dignos de ser expuestos en la vitrina de cualquier museo arqueológico. Estaba tratando de elucidar qué música armonizaría mejor con los pies de cerdo, si el Ave María de Schubert —demasiado breve, ay— o la obertura de Tannhäuser, o el andante de la novena de Mahler (y Wagner



tenía todas las de ganar) cuando sonó el teléfono fijo. Publicidad, pensé, negándome a cogerlo. Entonces el móvil empezó a bramar la versión punk de un clásico de Sinatra y supe que ahora sí atendería la llamada. Era mi hermano. Malas noticias, claro. Mamá había sido atropellada por un camión. Por suerte, en lugar de ser aspirada hacia dentro y arrollada por las ruedas, había sido escupida —como un hueso de aceituna, dijo mi hermano— hacia la acera, donde chocó con una moto aparcada que, acto seguido, se le vino encima. Es un milagro que sólo tenga unos huesos rotos, no sé exactamente cuáles, comentó mi hermano.





—Tendrías que ir al hospital inmediatamente.

¿Por qué no vas tú?, pensé pero me abstuve de decir.

—El de San Juan —aclaró sin que yo se lo preguntara—. Yo estaré ahí en media hora.

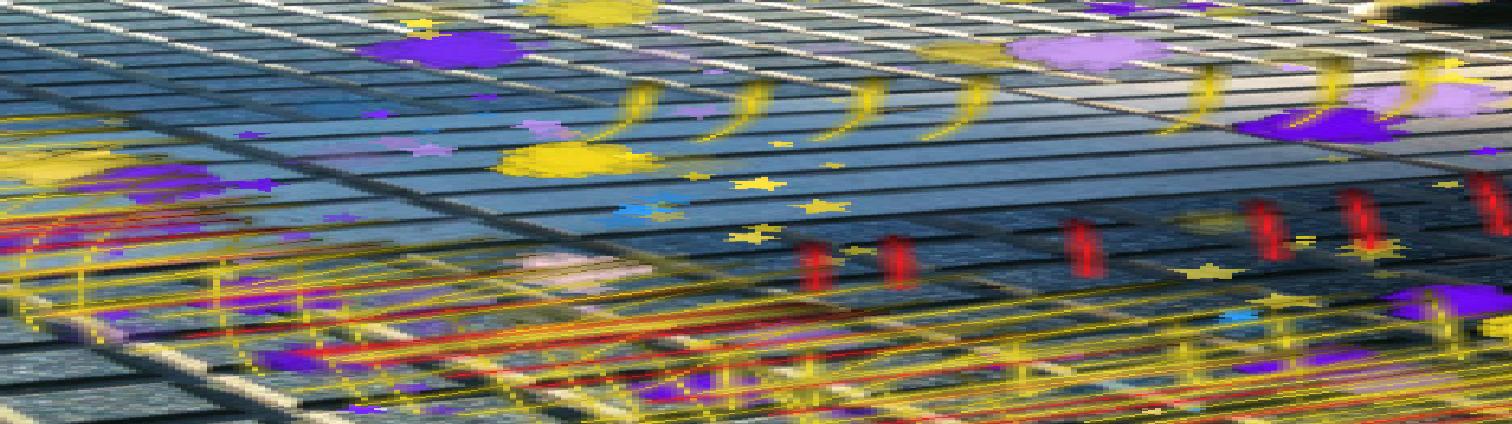
Y un huevo, media hora; tres o cuatro horas por lo menos, pensé yo pero me abstuve de decir.

—Ahora mismo voy —dije.

Mi

tono debió de ser seco y cortante porque, antes de que yo pulsara la tecla de fin de llamada, mi hermano empezó a decir algo que me juego lo que sea a que era alguna excusa. Durante unos segundos contemplé seriamente la posibilidad de comerme los pies de cerdo antes de ir al hospital. Al fin y al cabo, si mi madre no estaba grave, ¿qué podía importar que yo tardara una hora o llegase en veinte minutos? Enseguida me sentí una hija descastada y me subieron los colores. Aunque nadie me mire, me sonrojo a menudo cuando me avergüenzo de algo. Debe de ser la educación religiosa que mi madre me inculcó y que de vez en cuando aún da un coletazo antes de hundirse en un letargo de meses.



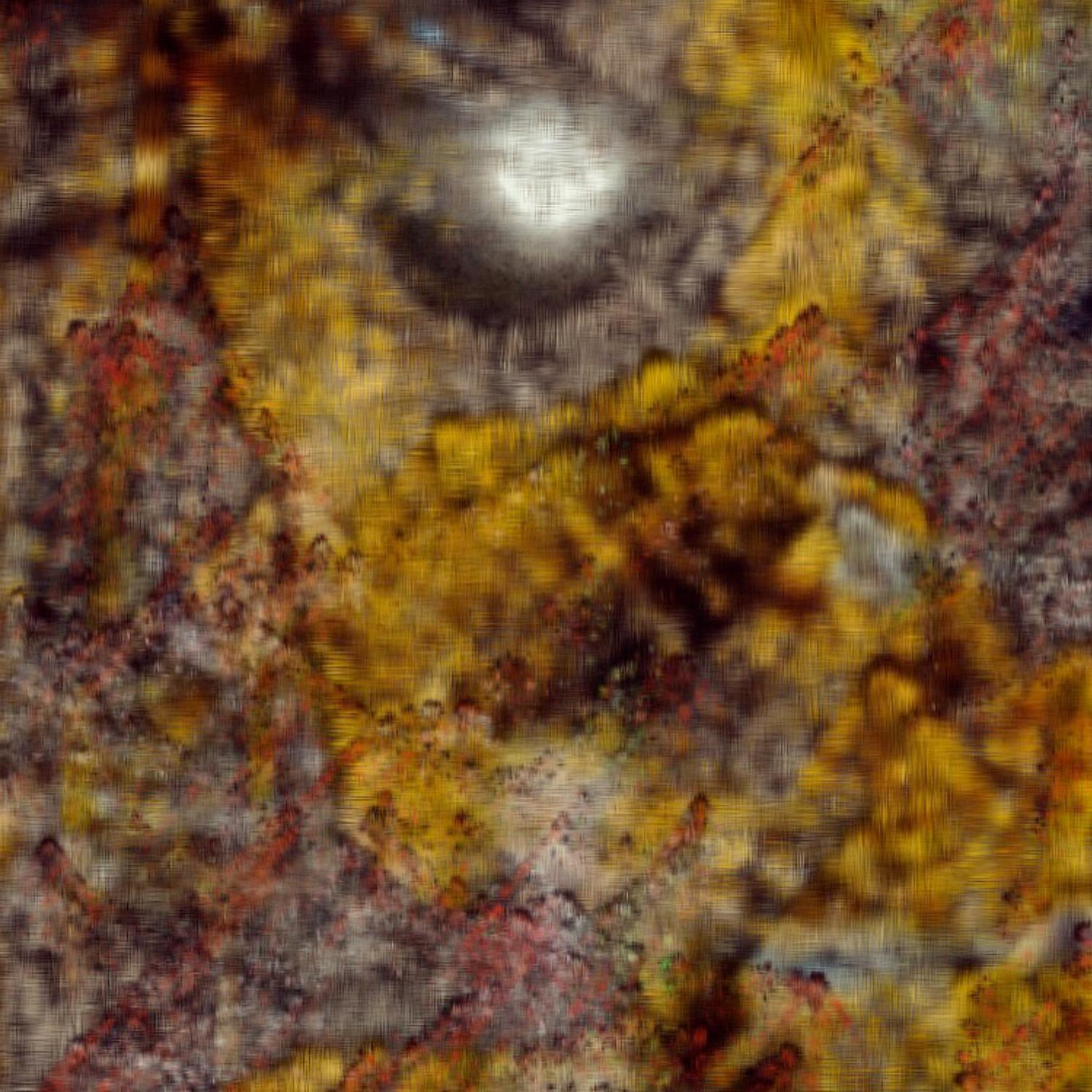


Resignada, volví a tapar el fantástico Elías Mora, reserva del dos mil cinco que mi bodeguero me había recomendado con entusiasmo y aproveché para destapar la cazuela y respirar el fastuoso aroma de los pies de cerdo con los nabitos negros. Por algún motivo, proyecté toda la hostilidad hacia mi hermano y mi madre en aquel guiso y lo tiré a la basura. Pero para gran sorpresa mía, en lugar de arrepentirme como me arrepiento siempre de todos mis arrebatos, ese gesto me alivió de inmediato, como si



de algún modo fuera más sencillo ir al hospital sin que aquel plato insidioso me estuviera esperando en casa. Para redondear el asunto, anudé la bolsa de basura y la deposité en uno de los contenedores de residuos orgánicos de delante de casa antes de coger un taxi. En cuanto el vehículo arrancó tuve un ataque de hilaridad y empecé a reírme flojito: todo me parecía pasmosamente gracioso; incluso el hecho de haberme expuesto para nada a las mofas de la becaria me parecía de una comicidad insuperable. Imaginaba coreografías a lo Busby Berkeley con multitud de payeses sembrando y arrancando nabos negros de las entrañas de la tierra, todos al mismo tiempo y con sonrisas Profidén, y me

partía el pecho. La hilaridad se me pasó de golpe cuando vi a mi madre maltrecha y magullada y con un brazo en cabestrillo. Anda que no he tenido suerte ni nada, fue lo primero que me dijo después de que le estampara un beso en cada mejilla. Conociéndola, supuse que ya le había contado la aventura tres o cuatro veces a la mujer que yacía en la cama de al lado cargando un poco más las tintas en cada nueva versión. Quizá por eso parecía exultante a pesar de las contusiones. A todos los miembros de mi familia, excepción hecha de mi padre, que en paz descansa, nos encanta hablar, y se nos da bastante bien. Escuchar nos gusta mucho menos, y lo aceptamos sólo a regañadientes, como una engorrosa contrapartida de nuestra pasión por hablar. Pese a los malos pensamientos que cruzaban por mi mente, conseguí ser una hija extraordinariamente afectuosa, e incluso divertida. Supongo que ver a mi madre



tan maltrecha hacía que las cosas resultaran más fáciles. Desde que se ha hecho tan vieja, y son tan frágiles sus huesos y se ha encogido tres tallas, me cuesta mucho menos tratarla amablemente y reprimir las insolencias que acuden a mi mente. Aunque, bien pensado, también la presencia de la mujer que yacía en la cama de al lado, y que no tenía visitas que la entretuvieran, debió de tener algo que ver con mi actitud. Ante los extraños siempre me esfuerzo en parecer mejor de lo que soy y, no es por nada, pero creo que cosecho éxitos considerables. Lo difícil es mantener la reputación una vez que los extraños han dejado de serlo.





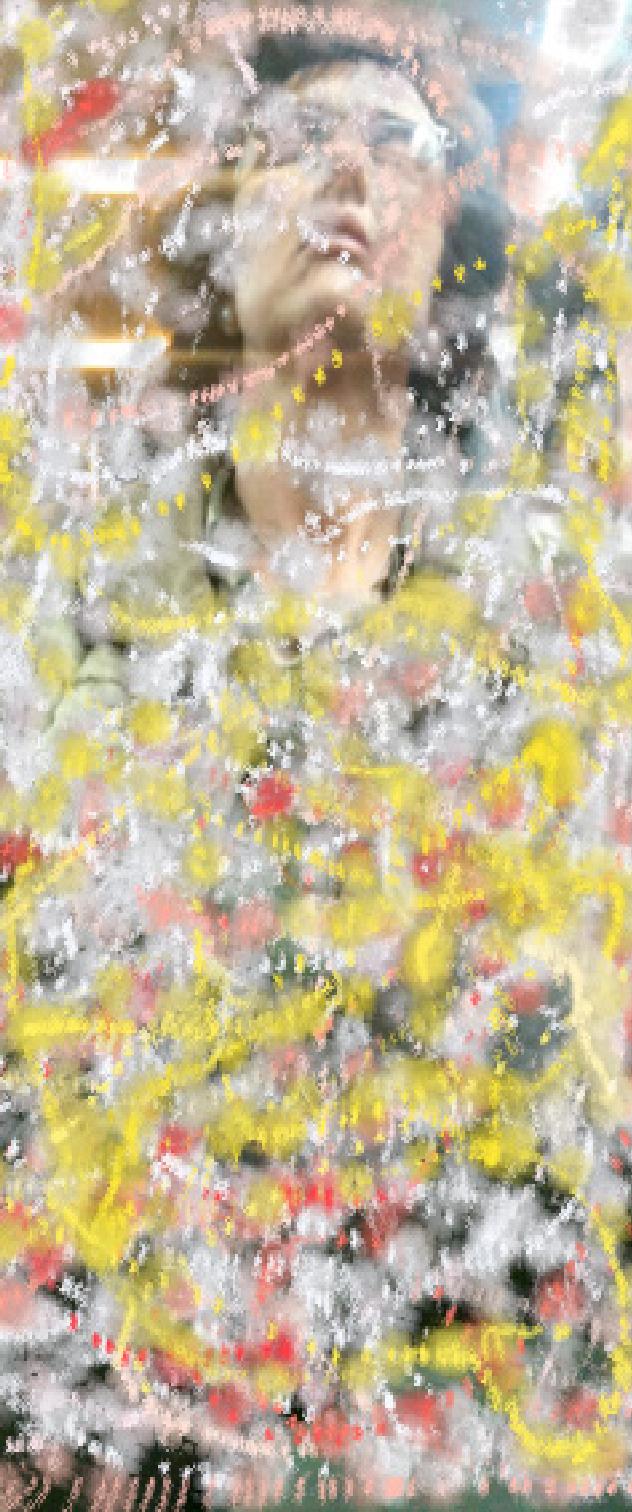
—¿Has podido comer algo, hija? —me preguntó mi madre al cabo de un rato, con expresión preocupada, cuando la conversación empezó a languidecer.

—Sí, mentí.

—¿Y qué has comido?

Me

embarqué en la pormenorizada y succulenta descripción de los pies de cerdo con nabos negros. Y no creo pecar de inmodestia si digo que poco después mi madre estaba en la gloria gracias a mi relato y, por una vez, me escuchó sin más interrupciones que los mmm y los suspiros y los qué rico y los cállate, por favor, pero qué cosa más buena. En algún momento puso los ojos en blanco de puro placer, y supongo que, además, debía de estar salivando, en especial cuando puntalicé que el aceite que había empleado para guisar la salsa era un aceite especial que yo mis-



ma había tenido varios días en un tarro con ajos, pimientos picantes y distintas especias. Me pareció también que me miraba con algo que, si no era orgullo, era su primo hermano. Esta es mi hija, debía de pensar, que tiene la excelente idea de hacer aceite de especias. Mis libros no le gustaban, incluso le repateaban, pero mi aceite de especias me granjeaba por una vez su absoluta aprobación. Le eché un vistazo a la vecina y vi que también a ella los ojos le brillaban. Ignoro si era un accidente o una enfermedad lo

que la había llevado hasta ese hospital, pues entre mi madre y yo le dimos pocas oportunidades de contar-nos su vida, pero estoy completamente segura de que mientras estuvo sumida en mi relato olvidó todos sus males. Una vez más me di cuenta de que a menudo la comida es lo único que tienen en común quienes no tienen nada en común. Lástima que no haya placer que cien años dure y que, cuando iba por la picada de avellanas y almendras, con un poco de pan frito y espíritu de perejil con unas gotas de coñac, mi hermano, el famoso diputado del partido ultraconservador y sin asomo de duda el retoño favorito de mi adorada madre, el que siempre lo hace todo superlativamente bien y le ha dado cuatro nietos fantásticos a quienes mi madre, por supuesto, jamás les encuentra la menor tacha ( en parte porque son todos varones y van a toque de pito), mi hermano, digo, que se llama Alberto, pero a quien

yo llamo Escañoman o Diputatis cuando quiero incomodarlo, irrumpió una hora tarde en la habitación pero con un ramo de flores que me hizo recordar en el acto que, exceptuando el relato de mis pies de cerdo con nabos, yo no había llevado ni unos tristes bombones. No estoy segura de si mi hermano frunció el ceño nada más oírnos o si ya lo traía así.





—¡Estáis hablando de comida! ¡No me lo puedo creer!

Me sonrojé al oírlo, como si realmente hubiera cometido un acto indecoroso, y mi propia reacción me puso de malhumor. Él es tan perfecto que jamás le daría tanta importancia a algo que no la tiene. La verdad es que nació con la justa medida debajo del brazo y nunca se queda corto ni, mucho menos, incurre en el exceso. Eso sin mencionar el hecho de que la comida constituye únicamente para él un aporte de energía necesario para poder llevar con gallardía la ajetreada existencia que según mi madre lo llevará tarde o temprano a la presidencia del gobierno. Rápidamente, me barrió de la escena y se hizo con el micrófono, como si estuviera en un míting. Yo procuré dominar mi creciente mala leche. Si me dejaba vencer por ella, volvería a ser la de siempre, la que cede a la ira y acaba siempre por dejar que sus sentimientos se le desaten de la forma más inconveniente, de modo que mi hermano lo

tendría chupado para seguir siendo perfecto y el Gran Hijo, aunque sólo fuera por contraste. Que la mujer de la cama de al lado reconociera a mi hermano y le dijera que lo había votado en las últimas elecciones no me ayudó precisamente a reprimir mis sentimientos. Ya nadie parecía recordar el ameno relato con el que olvidaron sus males. ¿Qué eran unos pies de cerdo y unos miserables aceites al lado del triunfo que encarnaba mi hermano? Durante unos instantes sentí la tentación de dejarle a él todo el escenario y batirme en retirada. Me iría a comer algo a la cafetería. Aunque eran casi las seis, quizá aún podía conseguir algún plato caliente o, en su defecto, consolarme zampándome algún bocadillo. Puede que en el bar tuvieran alguna de esas flautas de pan dorado y crujiente, preparadas con sal, tomate y aceite y con un buen queso manchego o un sabroso jamón. Estaba en un tris de aceptar mi derrota (incluso

me parecía que me apetecía apurar la voluptuosidad del fracaso) cuando mi hermano, que por lo visto había investigado ya la identidad del individuo que conducía el camión que atropelló a mi madre y, por supuesto, se proponía interponer una demanda contra él, hizo una pregunta que le dio un brusco giro al equilibrio geopolítico en aquella zona del mundo (habitación trescientos veinticinco cinco del Hospital de San Juan).





—¿Sabéis que transportaba el camión? —Mi hermano, que no en vano ha aprendido a dominar todas las estrategias retóricas, hizo una pausa destinada a crear expectativas. —Cerdos —soltó cuando sintió que la curiosidad del votante se había hinchado a sus pies—. Y subrayó sus palabras con una mueca de asco.

—¿Cerdos? —preguntó mi madre antes de mirarnos a mí y a su compañera de habitación con una sonrisa de clara complicidad. Pues la verdad, hijo, si han de atropellarte, que sea un camión lleno de pies de cerdo.

—¡Queremos pies de cerdo! —chilló la mujer de la cama de al lado con un alborozo que a mi hermano le partió en dos la sonrisa de cartel electoral.

—¡Con nabos negros! —añadí yo.

—¡Queremos pies de cerdo con nabos negros! —chillaron, exultantes y al unísono, mi madre y su vecina, que más parecían un par de chiquillas amotinadas en el comedor del colegio que dos respetables ancianas.





Mi

madre, como colofón, imitó el gruñido de los cerdos antes de estallar en una carcajada que nos arrastró a mí y a la mujer de la cama de al lado. Fue una risa larga y plena que a mí me sonó a música celestial. No pude por menos de observar a mi hermano. Excluido de la partida, lucía una sonrisa rota y una expresión anonadada con la que no habría engatusado ni al votante más lerdo. Me pregunté si no estaría meditando amargamente en lo veleidosos y traidores que pueden ser los votantes y pensé que, después de todo, aquella pequeña derrota podía acabar resultándole de lo más instructiva.

